

026. San Alfonso María de Ligorio

Pasa de los noventa años, y San Alfonso María de Ligorio ha llenado con su saber y su celo pastoral todo el siglo dieciocho. Un Santo eminente de verdad. Joven apuesto y de muchas esperanzas en la vida. Artista, músico, frecuentador del teatro. Jurista que domina el derecho y lo ejerce con gran competencia. No le faltaba nada a este napolitano para triunfar en el mundo, pero se resuelve generoso: *¡Para Jesucristo, y sólo para Jesucristo! ¡Mi alma, porque no la quiero perder! ¡Misionero, porque hay muchas almas que salvar!...*

No le ha resultado fácil a Alfonso llegar hasta esta resolución a sus veintisiete años. Tiene una formación literaria exquisita. Su padre le propone partidos excelentes con muchachas de la nobleza, y Alfonso no es insensible ante perspectivas tan halagüeñas. Las horas que el joven se pasa ante el Sagrario le defienden su virtud, muy amenazada muchas veces, y le sostienen en la piedad. Nota que Dios le llama —*Alfonso, deja todo y vive sólo para mí*—, pero Alfonso se hace bonitamente el sordo, hasta que un día exclamará hastiado: *¡Oh mundo, ahora te conozco bien!* Esto lo dice después de un fracaso terrible en su vida profesional, cuando pierde una causa en los tribunales y le vuelven la espalda sus admiradores... Desilusionado, dirá después a un amigo: *Créeme, todo es locura: banquetes, teatro, conversaciones... Cree a quien tiene experiencia de ello y llora amargamente su desengaño.*

Alfonso no ha sido nunca un mal muchacho, al contrario. Tienen en casa un criado musulmán, y todos sabemos que los musulmanes son muy difíciles de convertir. Sin embargo, el hijo de Mahoma recibe un día el Bautismo, después de que se ha convencido: *La fe del señor Alfonso tiene que ser la verdadera, pues su conducta es la mejor prueba de todas.*

Alfonso repite el gesto de Loyola ante la Virgen. Cuando ha dado el paso definitivo en su corazón, lo expresa con un gesto bello. Entra en la iglesia de la Merced, se coloca ante la imagen de María, y, servidor leal, le ofrenda su espada de caballero. ¡Qué devoto de la Virgen que va a ser en adelante!...

Tres años de estudios de teología y otras ciencias eclesiásticas, y ya tenemos a Alfonso sacerdote a sus treinta años. Como hombre de Iglesia será una lumbrera.

Distinguido en la ciencia y en sociedad, ¿qué hará de sacerdote ahora?... Tendrá el ideal de Jesucristo y el mismo método, porque se dice lo de Jesús en la sinagoga: *El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar la Buena Nueva a los pobres.* No se encierra en una parroquia. Será misionero itinerante. Con otros compañeros forma la Congregación del Santísimo Redentor —los Redentoristas— y se lanza por todos los pueblos del campo.

Tiene una idea clara: los habitantes de la ciudad tienen más medios que los campesinos, más iglesias, más sacerdotes, más religiosos, más facilidades para todo... Entonces, a lanzarse al campo sobre todo. Alfonso, en este sentido, como predicador popular y como Fundador de predicadores populares, es una de las mayores figuras misioneras de los tiempos modernos.

Alfonso es un Doctor insigne de la Iglesia. Sus enseñanzas sobre puntos básicos son impercederas.

Gran predicador de las verdades eternas, dice sin embargo: *Prediquen sobre todo a Jesucristo. Toda conversión fundada sobre el temor del infierno dura poco. Pero quien se convierte por amor a Jesucristo persevera siempre.*

Sobre la Virgen María no hay que decir nada. Pasa como uno de los mayores devotos de la Celestial Señora en todos los tiempos. Y su libro de las *Glorias de María* es una obra inmortal. De la devoción a María dice categóricamente: *El verdadero devoto de María se salva siempre.* Y para sí mismo le recuerda a la Virgen: *María, si no vienes en mi auxilio, voy a ser más criminal que Judas.*

Gran apóstol de la oración, tiene un libro que es una rigurosa tesis de teología, y lo acaba con esa sentencia célebre, indiscutida e indiscutible, que han hecho suya todos los teólogos, los Papas, todos los escritores modernos: *Quien ora se salva, quien no ora se condena.*

Con Jesús Sacramentado fue siempre especial. Su libro *Visitas al Santísimo Sacramento* sigue siendo hoy tan actual como cuando apareció por primera vez. Ya ancianito, cuando no se puede casi mover, pide al Hermano de la Comunidad que le cuida: *-¡Yo quiero ver a Jesús! Lléveme a la iglesia. -No, que no puede, pues hace mucho calor. -No importa, lléveme. Jesús no busca el fresco. Y conmovía cuando exclamaba con ternura sin igual y candor de niño: -¡Dadme a Jesús, dadme a mi Jesús!...*

Alfonso sufría con las angustias de muchas conciencias. Y decía: *Hay predicadores y confesores tan condescendientes, que ponen siempre almohadas debajo de la cabeza de los pecadores y así les duermen en el vicio. Y hay otros tan rigurosos que les hacen la vida una tortura. Unos pierden las almas con la condescendencia, y los otros por el desaliento.* Entonces Alfonso escribe sus obras de Moral, tan equilibrada, que le han merecido ser Doctor de la Iglesia y Patrono de los moralistas.

Un día le llega a Alfonso un legado que por poco le mata con la noticia: *El Papa le quiere Obispo de la diócesis de Santa Águeda. Aquí tiene el nombramiento.* Pero, no tuvo más remedio que obedecer y fue un Pastor modelo de la grey. Libre de la Diócesis cuando pasa de los ochenta años, se retira a un convento de su Congregación de los Redentoristas, y pasa los últimos años dado del todo a la oración, y nada más que a la oración, de la que había sido un apóstol incansable.

San Alfonso María de Liguorio, gran misionero, gran devoto de la Eucaristía y de la Virgen, gran impulsor de la oración, gran moralista y director de conciencias, grande en todo...

¡Que ruegue por nosotros ante Dios!